



Vendedora. Alfredo Zalce (México)

La palabra Amerindia nos remonta a nuestro pasado indígena, entendiendo por tal, según las raíces latinas del término²; *inde* —de allí— y de *genus eris* —origen, nacimiento, raza—; es decir, indígena es un adjetivo que significa lo que es originario de allí, de un lugar; lo que nace allí, lo que es propio y pertenece a un lugar. Aunque sabemos que comúnmente empleamos la palabra como sustantivo para nombrar a determinadas personas y grupos sociales.

Es cierto que nuestra América antes de la conquista era únicamente una América indígena y que después — involuntariamente— unió y mezcló sus raíces originarias con las de los habitantes de otras varias partes del mundo. Ahora, en nuestros días, difícilmente podríamos hablar de una sola América indígena separada de todos sus procesos poblacionales a lo largo de los años. Es entonces que necesitamos ver nuestra realidad con una visión incluyente, dialéctica, que nos permita contemplar una América originaria, indígena, y una mestiza que incluye predominantemente la participación europea con todos sus componentes regionales: portugueses, españoles, judíos y árabes, entre varios otros. Y además, como todos sabemos, al ser exterminadas amplias capas de la población originaria, principalmente por la sobreexplotación, las

AMÉRICA INDIASINOBLANQUINEGRA¹

Alfonso Ramírez Ponce

*Descubrir, no consiste sólo en venir de fuera o de lejos.
No hay más lúcido descubridor
que aquel, que desde dentro,
mira y ve*
José Lezama Lima

enfermedades, la desintegración familiar, sobrevinieron la llegada y la inclusión de nuestras raíces africanas.

Tenemos así una América india, blanca y negra. Una Amerindiablanquinegra. Imposible no evocar al citar estos términos, al poeta peruano Nicomedes Santacruz, quien poéticamente combinaba sugerentes términos como: América Blanquinegrindia; Indiablanquinegra; Negriablanquindia.

Y recordemos que si los adjetivos los pusieramos en orden cronológico, tendríamos que incluir un cuarto factor y hablar de una América indio-sino-blanqui-negra o indio-chino-blanqui-negra, porque hay que recordar que la gran cultura china llegó a nuestro continente 71 años antes que los europeos, en 1421, en una de las siete megaexpediciones³ comandadas, en un lapso de 28 años —de 1405 a 1433—, por el legendario almirante Zheng He. Precisamente el año pasado se celebraron en China los 600 años de la primera de ellas. Este acontecimiento ha sido casi olvidado, entre otras razones, porque las expediciones chinas fueron realizadas con el afán de expandir su intercambio comercial y cultural con otros países. En ellas iban mujeres y hombres, muchos de ellos científicos deseosos de intercambiar y ampliar sus

¹Ponencia presentada el 17 abril 2006 en el II Congreso de Arquitectura Amerindia, Formosa, Argentina.

²Joan Corominas, *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Gredos, Madrid, 1983, p. 234.

³Tan sólo en la primera de ellas, en julio de 1405, Zheng He organizó una flota de 62 barcos con una tripulación de 27 000 hombres. Ver Gavin Menzies: *1421 The year china discovered the new world*, Bantam Books, 2002. *Archipiélago* publicó en su número 44 (abril-junio 2004) tres trabajos sobre el tema de Enrique Dussel, Gustavo Vargas Martínez y Carmen Rojas Sandoval

campos de conocimiento y estudio. No fueron aventuras imperialistas en busca de riquezas ajenas, sino todo lo contrario. Me permito citar, aunque sea muy sucintamente, esta casi olvidada referencia, para ubicar históricamente el carácter y el tiempo de la participación europea, en relación al descubrimiento de nuestro continente.

En resumen, nuestra Historia, hasta nuestros días, ha tenido dos etapas básicas: una indígena en el sentido anotado— y una mestiza, en sus distintos niveles. Sabemos que la cultura de los conquistadores no se sumó a las culturas indígenas, por lo contrario, trató de aniquilarlas, de borrar todas sus manifestaciones. Hay quienes afirman —por ejemplo, el antropólogo mexicano Guillermo Bonfil Batalla— que lo que sucedió hace ya 514 años no fue ni descubrimiento, ni invención, ni encuentro, sino más bien fue un “encontronazo”. “El desastre”, lo llama el escritor cubano Roberto Fernández Retamar, y en opinión de la investigadora francesa Laurette Sejourné, “(la conquista) fue un cataclismo, frente al cual palidecen las más sombrías catástrofes de la historia”.

Muchos de ellos apoyan su argumentación con cifras y datos que resultan, a la distancia, impresionantes. Y esto se explica porque al inesperado y equívoco descubrimiento siguió una despiadada conquista, más cruel y sanguinaria que muchas otras. Por ejemplo, en la zona central de México —según los historiadores Cook, Simpson y Borah—, de 25 millones de indígenas en 1519, sobrevivieron a la violencia, la desintegración familiar, las enfermedades y la explotación desmedida, sólo un millón en 1605. En otras palabras, después de 86 años habían muerto ¡96 de cada 100 personas! El exterminio casi total. A nivel latinoamericano, las cifras según Darcy Ribeiro son las siguientes: aztecas, incas y mayas sumaban entre 70 y 90 millones de personas cuando los conquistadores aparecieron en el horizonte; siglo y medio después se habían reducido en total a sólo tres millones y medio.

Es evidente que tan conflictiva relación entre conquistados y conquistadores, ha perdurado en nuestras sociedades cinco siglos después. No encuentro palabras más certeras para definir lo que nos sucede actualmente, que las palabras del antropólogo mexicano Bonfil Batalla:

Un pueblo colonizado posee una cultura diferente de la que posee la sociedad colonizadora. El proceso colonial la habrá mutilado, constreñido, modificado; pero no la habrá hecho desaparecer, si esto fuera así, no habría más pueblo colonizado. La cultura autónoma que conserva representa la continuidad histórica de una cultura diferente, en torno a la cual se organiza un proyecto civilizatorio alternativo para el pueblo colonizado... un proyecto de liberación.⁴

Fijense ustedes, “un proyecto civilizatorio alternativo”, diferente, que represente los intereses de la mayor parte de la población. Un proyecto que parece ser, después de muchísimos años de espera, empieza a conformarse en varios de nuestros países. Y sigue nuestro autor:

La naturaleza de la sociedad capitalista, acentuada por la industrialización, implica un proceso creciente de enajenación e imposición cultural sobre el mundo subalterno, al que se quiere ver convertido en consumidor de cultura y no en creador de ella. Las tesis de la propaganda consumista —tanto de bienes materiales como de sentimientos e ideología— buscan convencer al hombre del mundo subalterno de que es cada vez menos capaz de pensar, hacer, querer o soñar por sí mismo; porque otros saben pensar, hacer, querer o soñar mejor que él. La afirmación de la cultura propia es, por eso, un componente central, no sólo de cualquier proyecto democrático, sino de toda acción que descansa en la convicción de que los hombres lo son, por su capacidad creadora.⁵

Lo anterior explica en forma clara, el porqué para algunos arquitectos la única arquitectura válida es la que se produce en los países desarrollados. Ellos piensan y hacen las obras y a nosotros nos corresponde primero esperar y luego copiar e imitar lo realizado allende nuestras fronteras, no importa si las obras respetan los valores tradicionales y satisfacen nuestras necesidades regionales. Lo que importa es que se parezcan a las obras primer mundistas. En forma lapidaria Bonfil remata:

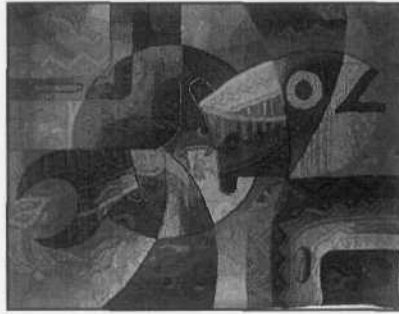
La historia nos ha legado cinco siglos de dominación colonial. Una de las herencias de las que debemos desembarazarnos inexcusablemente y cuanto antes, es la distorsión con que vemos nuestra propia realidad, al percibirla a través del tamiz de los prejuicios culturales propios de la no interrumpida ideología del colonizador. Esta percepción se finca en la devaluación del otro, el diferente, el dominado, y afirma la supuesta superioridad de... la cultura del dominador... Desmontar el andamiaje cultural sustento de la visión cultural del sector dominante en nuestras sociedades, resulta entonces una tarea prioritaria para sanear el ambiente intelectual —en el sentido amplio—, construir una visión auténtica de nosotros mismos...⁶

Ejemplos de esta “distorsión” con la que vemos nuestra realidad son muchos y se presentan a muy distintos niveles. Si me permiten, quiero poner un granito de arena en este “desmontaje del andamiaje cultural” al que alude mi *alter ego* Bonfil Batalla y exponer una reflexión que me ha acompañado desde hace tiempo, y que ahora por primera vez comparto, pues creo que no podré

⁴Guillermo Bonfil Batalla, *Pensar la cultura*, Alianza Editorial, 2ª ed., 1992, p. 11.

⁵*Ibidem.*, p. 13.

⁶*Ibid.*, p. 12.



encontrar “oídos más receptivos” que los que gentilmente me escuchan.

Miren ustedes: ¿Qué significa o qué queremos decir, cuando nos referimos a la etapa indígena de nuestra historia, al surgimiento de nuestras grandes civilizaciones, como la etapa pre-hispánica? Significa algo muy claro, lo anterior a la llegada de los españoles. Situamos como punto central, como parteaguas de nuestra historia, a la cruenta conquista. Como si no tuviéramos ninguna historia anterior a ese terrible “encontronazo”⁷. Y si en el mejor de los casos, la reconocemos, entonces no nos atrevemos a darle un nombre propio, como si nos avergonzáramos de ella. Es sólo lo que estaba “antes de”. Imaginen ustedes que al preguntarnos el nombre de nuestros padres y abuelos dijéramos: se llamaron “Antes-que-yo”. Me parece una clara negación, consciente o inconsciente, de nuestro pasado. Qué tan denso y fuerte ha sido el andamiaje cultural del dominador que nos ha impedido ver, valorar y nombrar la obra existente antes de su presencia, a lo largo de más de cinco siglos. En este sentido, Carlos Pellicer, poeta mexicano, decía: “los conquistadores no nos trajeron LA cultura, nos trajeron SU cultura”.

Por otra parte, si seguimos este discurso, el complemento lógico de esa “visión cultural” sería hablar de tres períodos históricos: el pre-hispánico, el hispánico y el pos-hispánico. Pero el asunto no termina aquí. Resulta que también le damos a la etapa de las grandiosas civilizaciones indígenas el calificativo de pre-colombinas o pre-cortesianas, en el caso de México. Por fortuna, hasta ahora no he oído a nadie que se le ocurra llamar a la civilización incaica, la civilización “pre-pizarriana”.

¿Qué significan estas calificaciones de carácter personal? O des-calificaciones si prefieren. Significan, sobre todo, el entendimiento de los procesos sociales, históricos,

como resultado de la acción solitaria e iluminada de sólo unos cuantos seres humanos. Postura con la cual no coincidimos. Creemos en la interpretación opuesta. Los grupos, las sociedades y sus acciones colectivas son el verdadero motor de las transformaciones a lo largo de la historia de los pueblos. No puede ser que toda una etapa histórica tan compleja, rica y variada lleve el nombre de “Antes-defulano”; pues utilizar el mismo prefijo “pre”, reiteramos significa lo que pasó antes de Colón o Cortés. Lo cual, además de una interpretación muy limitada de la Historia, resulta cuando menos desproporcionado y desmesurado. Recordemos tan sólo a vuela pluma, que Colón nunca supo bien a bien a dónde había llegado y que siendo un buen navegante, fue un mal geógrafo, cuyos errores de cálculo propiciaron su aventura. Y de Cortés, sólo anotemos que dejó como parte de su herencia 13 libros y 25 esclavos, por supuesto indios y negros. ¿Recuerdan?

A manera de brevísimas conclusiones, hagamos a un lado la dependencia cultural de siglos, la mentalidad dominante, de la que muchas veces somos nosotros mismos sus divulgadores y reconozcamos en los términos y en sus contenidos a la etapa originaria de nuestra historia. Démosle su nombre propio: la etapa INDÍGENA, así con mayúsculas. Y en consecuencia y congruencia, la etapa posterior a la conquista, será la del mestizaje, es decir, la etapa Mestiza. Y de esta última planteemos dos partes: la dependiente o colonial, y la independiente, al menos en la dimensión política. ☐

Alfonso Ramírez Ponce (Ciudad de México, 1938). Arquitecto mexicano, profesor de la Facultad de Arquitectura de la UNAM. Es autor de una variada obra arquitectónica, conferencista en foros de América Latina y el Caribe y articulista en diversos medios. Coautor de los libros *Como una piedra que rueda Transferencia tecnológica para el hábitat popular* y *Un techo para vivir*; y autor de *Habitar...Una Quimera*; *Un pensamiento que se habita*, *Curvas de Suspiro y Barro* y *El espeso bosque de la Teoría*. Ha recibido los siguientes reconocimientos: Medalla Armando Mestre, otorgada por la República de Cuba; Primer Premio en el Concurso Iberoamericano sobre transferencia tecnológica para el hábitat popular CYTED; y Primer Premio en la Categoría de Publicaciones Periódicas en la III Bienal Iberoamericana de Arquitectura e Ingeniería 2003. Es miembro de la Academia Nacional de Arquitectura y del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

⁷No pretendo, de ningún modo, poner en tela de juicio la nobleza y generosidad del pueblo español. La crítica va dirigida a los intereses políticos y económicos de su gobierno imperial que permitieron y promovieron con sus exigencias, la explotación y el saqueo de nuestras riquezas.